

JUSTINO FERNÁNDEZ GARCÍA (1904-1972)

El doce de diciembre de mil novecientos setenta y dos murió en la ciudad de México el doctor Justino Fernández García, Director durante doce años de este Instituto y, posteriormente su Consejero.

El Instituto de Investigaciones Estéticas dedica este número cuarenta y dos a su memoria y a recordar su vasta obra.

DOI: http://dx.doi.org/10.22201/iie.18703062e.1973.42.970

RECORDACION DE JUSTINO FERNANDEZ

Por Rubén Bonifaz Nuño *

Ciertamente, el mundo cultural que habitamos no es el mismo que aquel en cuyo interior se ejerció la obra de Justino Fernández. Usada como una herramienta tenaz, esa obra no se redujo a aumentar, por simple adición, la esfera de la cultura de México; movida desde el interior de ésta, la hizo crecer primero, y luego la resquebró con su presión infatigable, y la constituyó entera otra vez, ya diferente y nueva y más verdaderamente nuestra.

Si en esto pensáramos, ahora que él está muerto, acaso nuestra razón nos llevara a creer que, si él dejó la vida, no debemos dolernos en demasía, porque harto consuelo nos dejó su memoria. Pero nuestras entrañas nos advertirán de inmediato, con su vigilante desgarramiento, que la razón se equivoca; que la obra de Justino Fernández no es, en manera alguna, suficiente a consolarnos de su apartamiento abrupto y desesperado. Ese apartamiento que ha venido a hacernos sentir el crecer irremisible del árbol de muerte cuya semilla, amarguísima, aparece en nosotros durante el momento mismo donde somos concebidos.

Su tránsito nos enfrenta, con densa luz, a la evidencia de este ámbito de sentenciados a muerte dentro del cual sólo por tan corto tiempo nos encontramos. Contaminados por su ausencia, sabemos, un poco más cada momento, padecer la humillación y la injusticia a que nos somete esta nada que estamos condenados a ser.

Y estamos solos, y la soledad nos lleva, valiéndose del deseo de mentir a la tristeza con la sombra de una esperanza, a buscar recordarlo como si estuviera vivo, y volver a quererlo y a odiarlo, y a compartir con él algún afán alegre o algunas palabras de melancolía.

Y pensamos en aquel Justino Fernández cuya conciencia se abrió a su propia historia al oír, de niño, durante los comienzos de la Revolución, las voces que gritaban mueras a su padre, y que, a partir de entonces, despojado de todo lo externo, construyó con paciencia de alquimista precoz sus irrebatibles armas: su obstinación, su orgullo, su generosidad, su honor. Y cómo, trabajando sin tregua y sin conmiseración en su profundo interior, el niño se hizo hombre con esas armas, y fue.

Pues nada, es preciso afirmarlo; nada de lo que fue Justino Fernández le vino de fuera; todo lo hizo por sí mismo, de sí mismo; sin solicitar a

^{*} Coordinador de Humanidades de la UNAM.

nadie; apoyándose únicamente en los impulsos de su alma. Y recordamos que, ya señor de sí, empezó a crear desde su propia fuerza una urdimbre de puentes entre él y lo demás, y se comunicó con todo; aprendió el gozo y el desencanto que entretejen la comunidad humana, y exigió de la amistad y el amor los pesares y los júbilos que fundan la humilde soberbia de la vida. Y se exigió a sí mismo una dádiva lúcida, y se dio sencillamente, como por necesidad.

Alentados por la soledad, nos acordamos de él. Pero la misma soledad interrumpe nuestro recuerdo con una imagen desquiciante: en su colmada madurez de hombre, Justino Fernández se nos aparece precipitándose despiadadamente desde el sufrimiento hacia la última agonía.

Cierto: abundancia de títulos nos queda de libros suyos; años de ininterrumpida donación desde la cátedra; muchedumbre de discípulos que vieron, alumbrados por él, ciertos ansiosos rincones de la conciencia; edificaciones del espíritu, ejemplo de sabiduría. Es su herencia inmediata. Pero nuestro corazón se revuelve desordenado y vacío, porque él ya no está.

Ahora, tal vez no falte quien intente corregir sus juicios estéticos o negar la entera validez de sus obras; alguien, requerido de circunstancias no cabalmente previstas, ocupará el lugar que él dejó frente a los grupos de alumnos futuros, y quizás alguno de éstos considere que Justino Fernández fue bien sustituido; acaso en nombre suyo, lo que él dejó edificado irá siendo carcomido hasta su cambio y su desaparición. Y él ya no estará.

Y aquí, entre el vacío y el desorden que la permanente falta de su presencia engendra en nosotros, incluso nuestra razón principia a comprender: su memoria no alcanza a sacarnos del desconsuelo de haberlo sentido dejar esta vida. Y, sabiéndolo, sufrimos por nosotros.

Parcialmente muertos, en camino apresurado a la muerte completa, recibimos desde esa muerte la última lección que nos da el maestro muerto ya del todo.

Salvando el espacio que separa la sabiduría y el inconsciente estrépito, Justino Fernández parece volver a mirarnos con los tranquilos ojos de una severa fraternidad.